

LOS LIBROS

BIOGRAFIA

FOUCHÉ, por *Stefan Zweig* (1).

El arte de ser traidor, un arte que exige total dominio del sistema nervioso, cierto don matemático, una perfecta frialdad política, podría titularse este libro de Stefan Zweig. Muy bien observa el escritor alemán en un hermoso prólogo que si son las naturalezas apasionadas y heroicas, calmadas de voluntad vital, las que trazan las grandes trayectorias históricas (Alejandro, César, Napoleón), la política — esta cosa menuda y cotidiana que se llama la política, — suele exigir otras personalidades más cautas y mañosas que al lado de aquellas, son la comparsa del fondo. En la Guerra Europea, observa Zweig, donde no se destacó ningún hombre genial, la vida pública de los más grandes estados de Occidente estuvo confiada a esos hombres de gabinete, fríos y astutos, frecuentemente mediocres, pero adornados con esa pequeña condición de la reserva y el disimulo. El historiador también tiene que observar estos hombres; el hombre

genial puede explicarle la peripecia culminante, pero lo cotidiano y usual, los pequeños hechos que van sedimentando una época histórica, hay que buscarlos en otro linaje de hombres escondidos en la penumbra de las antecámaras o gabinetes. En la carrera napoleónica hombres así fueron Talleyrand y Fouché; pescadores de río revuelto, hombres que se salvaban mientras que los apasionados y heroicos perecían. La gran aventura de la Revolución francesa, rompiendo la jerarquía feudal, ensanchando caminos, permitió la novela ambiciosa e ilimitada de estos hombres. Así el insignificante seminarista que fué Fouché sabiendo virar de acuerdo con la ocasión, se convierte en el «ametrallador» de los aristócratas en los días del Terror; en el conjurado contra Robespierre cuando la roja estrella de Robespierre se eclipsa; en el Ministro del Directorio, en el traidor al Directorio y Ministro de Policía de Napoleón; en el Duque de Otranto, cuando Napoleón ha olvidado sus comienzos democráticos y necesita una aristocracia; en el traidor a Napoleón cuando Fouché olfatea la vuelta de los Borbones. Este hombre cuya gran fuerza son sus ner-

(1) Editorial España. Madrid, 1930.

vios fríos, sus secretos policiales, el conocimiento cabal de la debilidad humana, se reserva siempre su hueso. Sus contemporáneos caen y él queda. El jacobino de 1793 es Ministro realista en 1815. Sólo cuando los «ultras» presionan mucho a Luis XVIII; y la nerviosa princesa, hija de Luis XVI, siente horror de saludar como Ministro del Rey cristianísimo, al jacobino que firmó la muerte de su padre, la larga fortuna del viejo e inamovible Fouché termina quebrantándose. Fouché tiene que salir de Francia. Ya es inmensamente rico y si son melancólicos sus últimos días en una provinciana ciudad austriaca, es porque le falta aquello que ha llegado a serle consustancial: el poder. Ese poder obscuro, retorcido y siniestro de un Ministro de Policía. Es decir, no el poder ejercido por sí mismo, sino proyectado sobre los poderosos a quienes les sabe secretos y a quienes aparenta proteger de aquello que también los poderosos sienten: el miedo.

Los riesgos de este extraño juego, la frialdad y objetividad que exige, la absoluta falta de escrúpulos y la rápida decisión aventurera, corresponden a la psicología del hombre moderno, especialmente del hombre del siglo XIX; y el personaje de carne y hueso que fué Fouché se parece a otros personajes de la ficción contemporánea como son los de Balzac o Stendhal. ¿No hay mucho de Julián Sorel en este Ministro de Policía?

En tal sentido la hermosa biografía escrita por Zweig es otro de

los apasionantes estudios suyos sobre el espíritu del hombre europeo en las dos últimas centurias. Así como en sus «*Tres Maestros*» (Balzac, Dickens, Dostoyevski), Zweig fijó la «tipología» del hombre escritor, en Fouché estudia el «hombre político». El paralelo que hace entre Tayllerand y Fouché, como dos arquetipos del diplomático, constituye una admirable lección objetiva. Mucho más escribiríamos sobre este apasionante tema si no nos quedara el escrúpulo de parecer inmorales.

M. P. S.

EL REY BARBA AZUL.—ENRIQUE VIII Y SUS SEIS MUJERES, por Francis Hackett.

La psico-análisis puede ser un método de aproximación y más claro entendimiento de los personajes históricos, cuando como en el caso de Enrique VIII el historiador dispone de una amplia documentación y de un personaje de erotismo tan exuberante como el famoso monarca inglés. En realidad, la investigación psico-analítica, ha sido aprovechada en este caso con insuperable maestría y sin caer en ningún momento en lo pedantesco científico.—tan peligroso en manos de un escritor,—por el magnífico autor de biografías que es Francis Hackett. Nos hace entender muy bien Hackett que un alma tan desorbitada por la carne y el mundo y el infierno como la del rubicundo Tudor, no puede entenderse bien con los cánones de nuestra ética actual. En una sociedad como la